

El mejor enemigo del mundo

María Fernanda Heredia

Ilustraciones

Roger Ycaza





El mejor enemigo
del mundo



El mejor enemigo del mundo

María Fernanda Heredia

Ilustraciones
Roger Ycaza

Norma

mx.edicionesnorma.com

El mejor enemigo del mundo

D. R. © 2017 María Fernanda Heredia del texto

D. R. © 2019 EDUCACTIVA S. A. C.

D.R. © Educa Inventia, S.A. de C.V., 2019

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,

Benito Juárez, Ciudad de México,

C.P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal S.A. de C.V. a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Tercera reimpresión: julio 2020

Coordinación editorial: Jéssica Rodríguez

Edición: Jéssica Rodríguez y Alessandra Diez

Ilustraciones: Roger Ycaza

Diagramación: Andrea Rincón y Max Castillo

Impreso en México - *Printed in Mexico*

SAP: 61089150

ISBN: 978-607-13-0903-7

*A Manuela y a Juan Xavier,
al Pájaro Febres Cordero
y a Rafael Lugo.*

Contenido

Prólogo	9
Uno	13
Dos	19
Tres	25
Cuatro	31
Cinco	39
Seis	45
Siete	51
Ocho	61
Un año más tarde	71
Uno	73
Dos	77



Tres	83
Cuatro	89
Cinco	93
Seis	97
Siete	101
Ocho	103
Nueve	107
Diez	115
Once	119
Doce	123
El capítulo final	131

Prólogo

—**L**a magia tiene sus misterios... —dijo Zintra mientras veíamos el atlas del Universo que me habían regalado en mi cumpleaños—. ¿Te imaginas lo que pasaría si todos pudiéramos usar una varita mágica para enviar a una persona a Saturno para que viva allí mil años?

—Nuestro planeta quedaría más liviano. Y nos quitaríamos de encima a un montón de canallas —le respondí yo—. Mi papá, de seguro, elegiría al árbitro que pitó en el partido del domingo y mi abuelo elegiría a un diputado.

—¡Y mi mamá a la secretaria de mi papá, que se gastó todo el bono de Navidad en una operación de ojos, nariz, pechos, cintura, cadera,

muslo y juanetes! Dicen que quedó como para Miss Universo —comentó Zintra.

Luego se quedó en silencio por unos segundos y después agregó:

—Yo enviaría a Saturno a mi ex mejor amigo que me quitó a mi ex cuasi novia.

Luego me lanzó una mirada curiosa y dijo:

—¿Y tú, Pancho, a quién enviarías a Saturno por los próximos mil años?

Yo tenía clarísima la respuesta. Si yo pudiera enviar a otro planeta a alguien, esa persona sería Efraín Velasco, pero de seguro Efraín Velasco también me elegiría a mí. Con esto, ambos viviríamos mil años en Saturno junto a un montón de diputados, árbitros, malos amigos, secretarias sospechosas, etcétera. Y yo no quería eso.

—Creo que no elegiría a nadie, Zintra.

—¡Qué mentiroso eres, Pancho! —respondió él, burlándose de mí—. No te hagas el santurrón conmigo.

—No me hago el santurrón, pero es que para la persona en la que estoy pensando, Saturno no queda lo suficientemente lejos.



Uno

Todos los males de mi vida comenzaron por culpa de Miguel Francisco Hernández del Prado y María, la gitana.

Ambos fueron los protagonistas de la telenovela *Nuestro amor prohibido*, y se casaron en el capítulo final.

Según me ha contado mi hermano mayor, yo debí haber nacido aquel día 28 de febrero. Pero no fue así.

Y digo que no fue así, porque el último capítulo de la famosa telenovela se transmitió a las diez de la noche. Dicen que el país entero se paralizó, nadie quería perderse la escena final en que María, la gitana, se encontraba en el sótano de la casa, atada y amordazada por su

futura suegra, doña Clementina Margarita. Esta señora quería impedir que la gitana llegara a la iglesia y se casara con el atractivo Miguel Francisco, heredero de la fortuna de su familia.

Cuando la telenovela apenas había empezado, mi mamá sintió un dolor en el vientre. Ella sabía lo que ese dolor significaba: ¡yo venía en camino!

Mi mamá bajó el volumen del televisor y llamó al doctor Córdova para informarle lo que ocurría.

El médico, preocupado, le preguntó:

—¿Estás segura? Podría ser una falsa alarma.

—No, doctor Córdova, este es mi cuarto hijo, tengo experiencia y sé cuando ha llegado el momento.

El médico, algo nervioso, le preguntó:

—Está bien, pero... ¿crees que podrías aguantar hasta que se termine la telenovela?

Mi mamá se sorprendió con la pregunta, pero decidida respondió:

—¡Claro! Si es necesario me pondré de cabeza para que el niño no se salga, pero este capítulo no me lo pierdo por nada.

Ese día hubo tantos comerciales en medio de la transmisión que el capítulo se extendió

hasta las once y media de la noche. Cuando ya todo parecía perdido y la maliciosa suegra reía en la primera banca de la iglesia, María, la gitana, consiguió liberarse de las ataduras y llegó a tiempo a la iglesia para casarse con su amado.

Cuando apareció la palabra *fin* en la pantalla, mi mamá ya no podía más del dolor. Lloraba sin parar, pero por la emoción del apasionado beso final entre Miguel Francisco y María, la gitana, que vieron triunfar su amor. Inmediatamente, mi papá la trasladó al hospital.

La enfermera que la atendió en la sala de emergencias le decía, angustiada: “¡Aguante, señora, el doctor Córdova está en camino!”.

Y mi mamá aguantó todo lo que pudo. Aguantó demasiado.

A las doce en punto de la noche, entró el médico al quirófano y al cabo de un minuto... nací.

Ese era el primer minuto del primer día de marzo.

En honor al protagonista de la novela, mi mamá exigió que mi nombre fuera Miguel Francisco. Y mi papá aceptó.

El doctor Córdova nos hizo un importante descuento en sus honorarios, en vista de que era el cuarto niño de la misma familia que él



recibía (eso se llama “descuento por volumen”); así es que, como agradecimiento, mi papá me añadió un tercer nombre: Miguel Francisco Santiago... más conocido en el barrio de Santa Clarisa como Pancho.

Pero no es mi nombre lo que me molesta, sino la impuntualidad.

Yo habría podido nacer el 28 de febrero. ¡Pero no! Por culpa de esa telenovela, mi mamá y el médico retrasaron al máximo el parto y nací al día siguiente.